



Cita en el aire

FASCÍCULO PRIMERO



1 de 9

Severiano Gil

Cita en el aire

SEVERIANO GIL

EN 1934, DOS AVENTUREROS SUIZOS, LLAMADOS
STRAUSS Y PÉRLWITZ, LLEGARON A ESPAÑA DISPUESTOS
A REVOLUCIONAR EL ARTE DEL MERCADO NEGRO
A BASE DE UNA RULETA TRUCADA QUE PROPORCIONARÍA
PINGÜES BENEFICIOS.

LLEGARON A HACERSE FAMOSOS,
Y SE LES ATRIBUÍA UNA CIERTA RELACIÓN CON EL GOBIERNO
DE ENTONCES, LO QUE NUNCA SE PUDO PROBAR.

Y EL PUEBLO LLANO, AL CONTRAER LOS APELLIDOS
DE LOS DOS TRUHANES, CONFORMÓ EL SINÓNIMO
PARA TODO LO RELACIONADO CON EL COMERCIO ILEGAL:
EL ESTRAPERLO...

CAPÍTULO UNO

PRIMAVERA, 1947

SOBRE LA COSTA NORTE DEL RIF

MARRUECOS ESPAÑOL

El teniente Rafael Martínez Peñal inclinó el caza a un lado y a otro para buscar la referencia, y sonrió frente a la ventolera de la hélice al reconocer el pico de la loma. Hundió el ala izquierda del FIAT CR-32 y abandonó la línea de la costa, internándose hacia el Sur y descendiendo en un picado bastante pronunciado.

Enmarcado por las alas y cables de su biplano, Martínez veía el suelo venir a su encuentro, agreste y marrón, hasta que, a poco más de una veintena de metros, tiró hacia sí de la palanca de mando y niveló el vuelo; estiró el cuello para ver mejor por encima del morro, y dejó que el caza siguiera descendiendo aún más, pero suavemente.

Los grandes carenados de las ruedas estaban a diez metros de la tierra; y Martínez, con su bufanda amarilla ondeando al viento, los labios apretados y los ojos entrecerrados tras las gafas, pateaba los pedales del timón con rápidos y ligeros golpes, manteniendo la dirección mientras que su mano derecha asía firmemente la palanca de control. Frente a él, los dos postes de telégrafos se destacaban del terreno rojizo y venían a su encuentro; no veía los hilos telegráficos aunque, por ocasiones anteriores, sabía que sólo podía pasar bajo ellos si situaba las ruedas a menos de diez metros del suelo.

El terreno ayudaba, formando un brusco declive entre ambos postes, pero, como cada vez, Martínez sintió cómo el nudo de la garganta descendía hasta ponerse en contacto con su estómago que, hecho una bola, subía a su encuentro.

En el último segundo, vislumbró los cables destacándose contra el azul del cielo; encogió la cabeza entre los hombros y tiró con fuerza de la palanca para tomar altura, una vez los dos postes de madera pasaron a cada lado de las alas redondeadas.

Lo había logrado, una vez más.

Anteriormente, había pasado la misma prueba en cuatro ocasiones, pero siempre volando en una lenta Bucker de entrenamiento, no a lomos de un verdadero avión de guerra en el que comenzaba su historial de piloto de combate.

Volvió la cabeza con euforia mientras ascendía, y la cola, adornada con la negra cruz de *San Andrés*, brilló al sol de la mañana. Satisfecho consigo mismo y sintiéndose un verdadero piloto de caza, observó el paisaje del territorio del Kert, que pasaba hacia atrás, con mayor lentitud a medida que la altura de vuelo se hacía mayor.

Reconoció la curva del río, las cintas amarillentas de los caminos; localizó el paso de Izúmmar y, más al Sur, el de Tisi Assa; vio también la carretera general Melilla-Villa Sanjurjo, asfaltada sólo hasta Mídar, y, más allá, detrás de los montes Naach, las dos lagunas gemelas de Afsó, que reflejaban el sol del medio día.

Entonces fue cuando algo empezó a ir mal. El motor quiso bramar más fuerte, pero sufrió un ahogo que le hizo soltar detonaciones por los tubos de escape; luego, otra vez todo en orden...

Martínez buscó en el tablero con aprensión, descubriendo una extraña posición de la aguja indicadora de la temperatura de las culatas; un momento después, la presión

del lubricante descendió tanto que el piloto gimió para sus adentros: tenía una avería, y bastaron unos instantes más para que, con su irregular zumbido, el motor comenzara a clamar por un descanso o su reparación.

Olvidándose de la victoria obtenida sobre los postes de telégrafos, el teniente Martínez buscó desesperadamente un lugar adecuado donde poder efectuar un aterrizaje de emergencia.

Sentía que el nudo en el estómago no se deshacía; tenía miedo, no sólo a estrellarse, sino a que el hecho de destrozar un avión de guerra pudiera marcarle durante toda su vida como a uno de esos pilotos que, teniendo siempre la suerte de espaldas, están catalogados oficialmente como incapaces, al margen de sus verdaderas cualidades como aviadores.

Cuando la aguja de la temperatura subió mucho más, tuvo que parar el motor, y el FIAT *Chirri* se transformó, de biplano ágil, en un peso incontrolable que se empeñaba en caer. Tenía que bajar más y más el morro para mantener la velocidad adecuada y conservar cierta capacidad de maniobra, y el suelo venía hacia él con inusitada rapidez.

Vio la carretera polvorienta, el poblado de Mídar y, cerca, el destacamento de Caballería con sus tiendas cónicas y sus parapetos alrededor. Había un antiguo campo de cuando la guerra, en Dar Dríuch, pero estaba demasiado lejos. Sin poder decidir, y dejando que el propio biplano eligiera la dirección, lo mantuvo estable hasta que, falto de sustentación, se dejó caer irremisiblemente.

Un momento antes de tocar el suelo, Martínez tiró hacia sí de la palanca de control, y el CR-32 alzó el morro, frenando su avance y acabando de desplomarse casi como un peso muerto. Las ruedas golpearon el suelo, el avión rebotó, entre polvo y ruido, y el piloto se empeñó exclusivamente en evitar que la cola subiera: *al menos, que no capotara...* Entonces, aplicó los frenos suavemente y dejó que el aparato se detuviera por completo.

Sintiendo cómo ganaba terreno en su interior lo que se conoce como la *euforia del superviviente*, se despojó del casco de cuero, las gafas y el cinturón, y saltó de la estrecha cabina para posar los pies sobre el suelo, notando las piernas envaradas por la larga permanencia en el interior.

Rafael Martínez se quitó los guantes mientras se acercaba al morro del avión y abrió un panel lateral. Apenas dejó al descubierto el interior, vio confirmados sus temores: todo el motor FIAT de doce cilindros en V estaba completamente embadurnado del aceite que había escapado de algún lugar; el lubricante chorreaba, caliente, denso y oloroso, y, filtrándose por las uniones de las planchas de aluminio, caía ya sobre el polvo del terreno.

Oyó pasos corriendo a su espalda y se volvió. Un sargento y dos soldados se aproximaron, y el primero se cuadró ante él.

—A sus órdenes, mi teniente, ¿ha tenido una avería?

—Buenos días —respondió Rafael, asintiendo y señalando la protuberante boca del radiador, bajo el cono de la hélice—. Una avería, y buena.

—¿Podemos ayudarle? —preguntó el sargento.

Rafael miró hacia el destacamento y sonrió a medias.

—¿Es éste el destacamento del capitán Peñafiel?

—Sí, mi teniente. El capitán Peñafiel está al mando aquí.

—Bueno... —Martínez asintió, apercibiéndose con alivio de que había un heliógrafo con el que notificar la avería a su base de *Tauima*, junto a Nador—, voy a hablar con él, ¿puede quedarse un centinela junto al avión?

—Claro que sí, mi teniente, pero... —el sargento pareció dudar— el capitán no está aquí ahora; él y el teniente Beltrán están en...

El sargento dejó la frase sin terminar, alzando ligeramente el brazo en una dirección indefinida. No obstante, Martínez echó a andar hacia la entrada del recinto, distante unos cien metros de donde había detenido el avión.

—¿Volverá pronto? —preguntó.

—Pues... —el sargento le seguía, caminando a su izquierda, mientras que el soldado permaneció junto al aparato en actitud vigilante—, no sé, mi teniente; puede que tarde... Es posible incluso que regrese bien entrada la noche.

—Está de patrulla, ¿no? —preguntó el piloto, realmente extrañado de que el comandante del destacamento asumiera tareas reservadas a sus subordinados.

—No..., bueno, quiero decir, sí —esta vez, el sargento señaló hacia Mídar—. El capitán y el teniente están en el poblado, si usted quiere, puedo mandar a buscarles.

Martínez se detuvo, respondiendo al saludo del centinela de la entrada; dirigió sus ojos hacia Mídar y, luego, de nuevo al sargento.

—¿Dices que puede regresar de noche?

—Es lo acostumbrado; siempre que van a Mídar...

Martínez sonrió para sus adentros, imaginando qué clase de patrulla estaría llevando a cabo el hermano mayor de uno de sus mejores amigos.

—¿Funciona el heliógrafo?

—Claro, mi teniente; también tenemos teléfono.

—Lo que sea —dijo, cuando se dio cuenta de que los dos medios eran igualmente indiscretos— ¿Cuánto se tarda en enviar un mensaje hasta Nador?

—Depende; no más de una hora —el sargento se frotó el polvo de las perneras del pantalón de montar y se colocó mejor el gorro de cuartel—. Con el heliógrafo, todo depende de si los del puesto de Dar Dríuch están atentos, y de que, a su vez, los de Monte Árruit también lo estén; Zeluán casi siempre contesta enseguida, y *Tauima* —hizo un gesto—. Si toda la cadena está despierta, puede tener una respuesta de la base en una hora, más o menos.

—Ya —Martínez sacó papel y lápiz del bolsillo de la cazadora de vuelo y buscó una sombra con la mirada, dirigiéndose hacia una tienda que era, por el banderín clavado en su puerta, el comedor de oficiales.

El sargento le siguió, deteniéndose a la entrada mientras que Martínez se quitaba la pelliza que le hacía sudar a mares, y, apoyándose en una mesa, garabateó unas notas sobre una hoja de su cuaderno, que después arrancó y tendió al sargento.

—Toma, da esto a los operadores del heliógrafo, y que lo transmitan a *Tauima*.

—A la orden.

—Y regresa enseguida.

—A la orden —repitió el sargento, mientras subía la empinada rampa del montículo sobre el que estaba instalada la estación óptica.

Rafael Martínez, con la vista ya acostumbrada a la penumbra de la tienda, recorrió el interior con la mirada. Había una mesa rectangular con sillas y, sobre un aparador, una bandeja de dulces asaltada por las moscas, cubertería de metal alineada junto a la vajilla y... ¡*Caramba, café de verdad!*, se dijo, olisqueando.

Un soldado entró, presuroso y haciendo entrechocar las alpargatas al clavar sus ojos en las dos estrellas que Rafael Martínez ostentaba sobre una galleta prendida del pecho de su camisa.

—A la orden de usted, mi teniente, ¿quiere alguna cosa?

—¿Eres el ordenanza del capitán Peñafiel?

—Sí, mi teniente.

—Ponme un vaso de agua.

—A sus órdenes —dijo, acercándose al aparador.

Martínez se asomó a la entrada de la tienda y echó un vistazo al interior del destacamento: tiendas polvorientas, cajas de madera, un carro desvencijado y, algo alejado hacia un lateral, el cercado de alambre lleno con caballos que piafaban.

El piloto calculó que allí habría no más de treinta y pocos hombres, abotargados por un calor pegajoso y resistiendo la pesadilla de las inoportunas moscas que no tenían bastante con el ganado. Todo el conjunto ofrecía una triste impresión al ojo militar, si bien el profano podía ser engañado por un orden cuadrículado, piedras encaladas y ausencia de papeles en el suelo, lo que escondía carencias poco evidentes pero importantes.

Rafael se alegró de pertenecer a la Aviación y no tener así que soportar las incomodidades de los cuarteles o, mucho peor, la dureza de la vida en destacamentos como aquél.

—Aquí tiene, mi teniente.

—Gracias—Martínez cogió el vaso y lo apuró de un trago, devolviéndolo— ¿Tenéis mecánico aquí?

—¿Mecánico? —el ordenanza se detuvo a pensar—. Hay un armero, pero es un cabo de pocas luces, y si lo quiere para algo de su aeroplano...

—No, es igual... El capitán Peñafiel está en Mídar, ¿verdad?

—Sí, mi teniente. Está con el teniente Beltrán en casa de Bachir, el moro más importante de por aquí —salió de la sombra de la visera de la tienda y alzó un brazo hacia el poblado—. Es aquella casa grande de allí, la que destaca del resto, ¿la ve?

—Sí —asintió Martínez—, ¿están de fiesta?

—Puede... —se encogió de hombros el ordenanza—. Suelen invitarles muy a menudo y...

El sargento bajó por el talud de tierra y se cuadró frente a Martínez, devolviéndole el papel.

—Dríuch ha cogido el mensaje y lo pasa ahora mismo a Árruit.

—Gracias.

—A sus órdenes.

Martínez pareció dudar; miró hacia afuera, donde su avión se recalentaba bajo el sol de marzo, y suspiró. Una hora para la respuesta y, luego, esperar hasta que pudiera llegar un camión con repuestos, un mecánico y aceite lubricante; al menos, tres horas. Si hubiese podido alcanzar cualquiera de los aeródromos de apoyo... Pero la maldita afición de rascar el suelo bajo aquellos postes, que eran la tentación de todo el personal de vuelo de *Tauima*, le había hecho volar tan bajo que suerte había tenido al haber podido alcanzar, por lo menos, aquel llano.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí? —señaló el poblado.

—Ahora mismo le preparo un caballo, mi teniente, y haré que un soldado le acompañe —le informó el sargento, aliviado al ver que podía librarse de la presencia desacostumbrada y molesta de aquel oficial.

—Gracias.

El sargento se cuadró y dio la vuelta. El ordenanza, solícito, le interrogó.

—Mientras le preparan el jamelgo, ¿querría usted tomar un aperitivo?

—¿Qué tenéis? —preguntó Martínez, esperando la oferta del acostumbrado vaso de vino peleón y las aceitunas.

—Tenemos *fino* y, también, *vermouth*...; hay cerveza, pero todavía no ha llegado el carro del hielo y no debe de estar muy fresca; de tapa, le puedo poner queso, chorizo, jamón...

Martínez asintió, asombrado pero tratando de no reflejar sorpresa en su cara.

—Un *fino* y jamón estará bien.

—Al instante, mi teniente.

Jamón, chorizo, queso..., y *café*. Se volvió a medias y observó el interior del comedor de nuevo. Sí que estaba bien provisto aquel destacamento, y eso que todos ellos habían tenido siempre fama de ser verdaderos pozos infernales donde ni siquiera la comida llegaba en buenas condiciones.

Las unidades dispersas, de pequeña entidad, no podían disponer de almacenes, debiendo recibir con cuentagotas los artículos imprescindibles que el batallón enviaba. Diseminados por el territorio de su demarcación, las secciones, e incluso los pelotones, mantenían la presencia española en todo el Protectorado a costa del inevitable sacrificio de sus tropas. Patrullas incesantes, control constante y vigilancia permanente hacia aquellos rifeños proclives a la rebelión y sumisos sólo a la fuerza. En algunos lugares, los soldados pasaban hambre, aunque siempre se podía tratar con los lugareños y obtener alimentos.

Eso sería lo que un capitán veterano como Peñafiel lograba hacer: se distraían algunos fondos del metálico particular y se empleaban en mejorar el rancho; se criaban pollos y conejos en el interior de las posiciones, para cambiarlos luego por otros artículos..., claro que los marroquíes no vendían jamón, ni chorizo, ni *vermouth*. Había que reconocer, pues, que había gente capaz de hacer milagros con cuatro perras chicas.

El sargento se asomó al interior de la tienda, volviéndose a cuadrar.

—A sus órdenes, mi teniente. Le están preparando el caballo; en cuanto esté lo traerán aquí.

—Gracias, sargento.

Al quedarse solo, Martínez se retrepó en la silla, sintiendo al calor del sol atravesar la gruesa lona de la tienda. En un extremo de la mesa, vio un paquete de cigarrillos sin filtro y cogió uno, dándole fuego y aspirando el humo.

También tabaco americano, se dijo. Este Peñafiel...

Unos minutos después, Martínez disfrutaba de aquel imprevisto paseo. El caballo que le habían prestado trotaba sobre la tierra rojiza, y el olor a sudor y a cuero que rechinaba le traía antiguos recuerdos. Hacía menos de media hora que había tomado tierra con su avión y, ahora, cabalgando sobre el llano en compañía del soldado que le servía de guía, se sentía como a varios años de distancia de la imprevista parada del motor que le había obligado a posarse tan lejos de la base.

Bordearon el poblado y se dirigieron, siempre al trote, hacia la gran casa algo apartada que le señalaran desde el destacamento. Era un edificio de piedra de dos plantas, grande y macizo, pero curiosamente adornado con franjas de color azul alrededor de las ventanas; azul que contrastaba con el verde de las celosías y que, revestido de poderes mágicos, allí, en el Rif, servía lo mismo para ahuyentar demonios que mosquitos o, al menos, eso decían.

—Aquí es, mi teniente —dijo el soldado, deteniendo su caballo frente a un porche recubierto de trepadoras que enmarcaban una puerta doble.

El soldado desmontó y golpeó con la aldaba, haciendo resonar la madera de roble y sobresaltando un poco a la cabalgadura de Martínez.

Pasaron unos instantes, y el piloto oyó cuchicheos tras las celosías, así como pasos sobre la galería superior, que se asomaba a la fachada como el matacán de una fortaleza.

Poco después, la puerta crujió y un marroquí salió al exterior.

—*Sbah el-jir* —saludó, mirando a ambos y reconociendo en el acto al de más graduación.

—Buenos días —habló Martínez desde lo alto del caballo—. Quiero ver al capitán Peñafiel; me han dicho que está aquí.

El indígena asintió y, luego de una vacilación, empujó una de las batientes, cuyos goznes rechinaron, dejando paso a los jinetes y a sus cabalgaduras. El teniente desmontó y sujetó al caballo por la brida, entrando con cierto recelo en el interior de aquel patio sombrío y agradable, cuyo empedrado resonó bajo los cascos herrados de los animales.

Había una fuente en el centro, muchas plantas y una balconada que rodeaba todo el perímetro a la altura del primer piso. Todo muy parecido a la típica imagen de los patios andaluces. Volvió a oír los cuchicheos, esta vez claramente identificables como voces femeninas, el rumor de la fuente y la respiración de los caballos algo cansados.

El que abriera la puerta desapareció escaleras arriba, y Martínez trató de localizar los ojos que le observaban a través de las celosías y maceteros que adornaban el borde de la galería superior.

—¡La madre que te parió! —oyó, sobresaltándose— ¿Qué haces aquí, Rafa?

Peñafiel bajaba los escalones de dos en dos, con su porte de galán de cine, la camisa del uniforme desabotonada hasta la cintura y las botas de montar haciendo resonar la escalera de madera.

—A sus órdenes, mi cap...

—¡Qué a sus órdenes ni qué leches! ¡Dame un abrazo!

Olió el perfume de la loción de afeitar, un rastro de sudor y el inconfundible aroma de las especias durante el instante que duró el abrazo.

—Pero, ¿qué haces tú aquí, hombre? —se separó el capitán— ¿Cómo está mi hermano?

—Bien, muy bien —respondió Martínez, descubriendo a una mujer joven que, vestida a la usanza tradicional, acababa de aparecer en lo alto de la escalera.

—El muy tunante de Fernando... Ése sí que supo hacérselo bien escogiendo Artillería —Peñafiel, mientras hablaba, siguió la mirada de Martínez y sonrió, detectando al punto la sorpresa mezclada con el deseo en los ojos del más joven—. Ven, ven por aquí, acompáñanos; estamos celebrando..., bueno, celebramos algo con una comida, aunque sea un poco temprano —acercó los labios a su oído mientras

subían las escaleras—. Todo corre por cuenta de Bachir; es un amigo mío, ya le conocerás.

La mujer había desaparecido, y ellos, una vez alcanzado el primer piso, entraron en una habitación de mobiliario muy parco: alfombras, cojines y varias mesas redondas de patas muy cortas, sobre las que había fuentes de cerámica con alimentos muy variados. Echado sobre la alfombra, un sonriente teniente de Caballería le dio la bienvenida, alargándole la mano.

—Tú debes de ser Beltrán —dijo Martínez.

—Pepe para los amigos, siéntate; y tú serás Rafa, el compañero de Fernando.

—Sí, eso es.

—Pues, cuando el hermano de este gamberro —señaló al capitán, con una familiaridad que sorprendió al piloto— se jacte de lo bien que viven los de Artillería, cuéntale tú cómo se lo pasa de mal su hermano mayor en el destacamento.

Peñañiel rió la broma de su subordinado, y rió aún más cuando, sin previo aviso, la mujer que antes vieran sobre la escalera agarró una bota de Martínez y tiró de ella para quitársela. El piloto estuvo a punto de retirar la pierna, pero se contuvo al ver entrar a otra muchacha que, también, descalzó acto seguido a Peñañiel.

Las dos salieron luego, retornando la primera con una jofaina, jabón y una toalla; se arrodilló y, sin decir palabra, hizo gestos a Rafael para que extendiera las manos.

—No temas, hombre, que no te va a envenenar —dijo, con acento de burla, Beltrán—; sólo quiere lavarte las manos.

La mujer sonrió mientras él se enjabonaba y, cuando vertió agua sobre sus manos, Rafael pudo ver parte de su seno a través del escote de su túnica azul. Luego, ella le secó las manos con una toalla, demorándose a propósito. Rafael apenas podía apartar los ojos, y oyó la voz de Peñañiel como en sordina.

—No está mal la condenada, ¿eh?

Rafael tuvo que sonreír, y la chica le devolvió la sonrisa mientras doblaba el paño y, con sorpresa, el piloto vio como el capitán acariciaba con deleite el cuerpo de la mujer, sin que esta pareciera inmutarse siquiera.

—¡Venga, a comer! —dijo Peñañiel, mientras que ella se alzaba y desaparecía sobre el susurro de sus pies descalzos— ¡Aísa, trae más cuscús para el teniente!

Rafael ojeaba las viandas, sin decidirse por nada; no tenía hambre, probablemente a causa de las sensaciones tan apresuradas sufridas en lo que iba de mañana. El recuerdo de su avión averiado, que acudió a él inesperadamente, le impedía disfrutar de aquel paréntesis en su vida ordenada y reglamentada en la base de *Tauima*.

—Todavía no me has explicado qué haces por aquí —dijo Peñañiel, saboreando un muslo de ave bañado en una salsa rojiza de agradable aroma.

—Una avería —explicó Rafael.

—¿Te has pegado un tortazo? —pareció alarmarse un poco el capitán.

—No, no..., ni mucho menos; aunque he estado a punto. Todo se ha debido a un fallo en el sistema de lubricación del motor; tuve que aterrizar cerca de vuestro destacamento —la mujer, a la que Peñañiel había llamado Aísa, hizo acto de presencia trayendo una fuente de barro llena de cuscús, entre el que asomaban trozos de hortalizas y de carne—. Usé el heliógrafo para comunicar mi aterrizaje de emergencia y para pedir un mecánico. Al preguntar por vosotros, un sargento me indicó el lugar.

—¿No te funciona la radio tampoco? —preguntó Beltrán—. Hubiera sido más rápido y...

—No llevamos radio en los *Chirri* —negó con la cabeza—. En el Regimiento de Aviación hay dos Grupos; uno de ellos está equipado con cazas FIAT G-50 y Heinkel He-112, que están ya en las últimas; en el otro están adscritos los biplanos CR-32, tanto los recién construidos en Sevilla como los supervivientes de nuestra cruzada; y uno de estos últimos es el que me ha tocado volar hoy.

—Ya entiendo —rió Beltrán—, es como esos caballos malos que endosamos a nuestros *pardillos* cuando llegan. Si son capaces de mantenerse sobre ellos, montarán de maravilla a los buenos pencos, ¿no es eso?

—Más o menos —admitió Martínez, cuando la mujer que había quitado las botas a Peñafiel entró para retirar algunos de los cuencos. La miró con fruición, aunque le gustaba más la otra, la que tenía el pelo más largo.

La muchacha giró, echándose hacia atrás las dos largas trenzas con un gesto de la cabeza, y salió haciendo crujir sus ropas al salir.

—En realidad —siguió Martínez—, hasta los *Chirri* nuevos son aparatos anticuados, y algunos vienen sin radio o a falta de algún equipo.

—Pues sí que estáis bien en Aviación —tuvo que aceptar Peñafiel.

—Y eso no es nada; los más modernos, los Heinkel, están a punto de caerse a pedazos...

Aísa volvió a entrar, recorrió las mesas con la mirada y eligió algunas fuentes, medio vacías, que retiró presurosa, entregándolas a unas manos cuya dueña Martínez no podía ver.

—Anda, guapa, tráenos té —pidió Beltrán, y ella asintió, haciendo ondear su cabello castaño oscuro como si se tratara de una ola.

—Te gusta, ¿eh? —dijo Peñafiel, asiéndola de una mano antes de que saliera, y obligándola a ponerse en cuclillas junto a él—. Mira, Aísa, este es el teniente Martínez, Rafa Martínez; es amigo de mi hermano Fernando, ¿te acuerdas?

Aísa inclinó la cabeza rápidamente, a guisa de saludo, y rió más fuerte cuando Peñafiel, con su abrazo, la hizo desplomarse sobre los cojines que había a su lado; la sujetó por la cintura y ella se acurrucó junto al capitán.

—Fernando se volvió loco con ella y, por lo que veo, tú te estás empezando a derretir sólo con mirarla, ¿no es eso?

Martínez estuvo a punto de negar, sonrojándose, pero se contuvo al pensar que podía ser considerado su gesto como descortés y poco varonil, por lo que se limitó a sonreír de nuevo, a la vez que usaba la mano para llevarse a la boca el primer puñado de cuscús.

—¿Sabes lo que lleva debajo de esta túnica tan suave? —siguió Peñafiel—: ¡nada!

Ella se defendió, entre carcajadas, y el capitán consiguió adentrar una mano por entre los pliegues de la ropa, justo antes de que la muchacha escapara hacia la salida, soltando un gritito.

—Es mi favorita, pero, tratándose de ti, cuenta con que te dedicará un ratito para cuando hayas comido, igual que hizo con Fernando.

Martínez dejó de masticar, estupefacto al caer en la cuenta de lo que le ofrecían; parpadeó, sin llegar a creer del todo que aquello estuviera pasando, y se dijo que, de ser un sueño, a lo mejor era que se había dormido volando y estaba a punto de estrellarse.

El recuerdo del FIAT manchado de aceite y polvo le martilleó sordamente, y Peñafiel lo notó.

—¿Qué te pasa, es que no te gustan las mujeres?

—No es eso, hombre —explicó, ante la risa de los dos de Caballería—, es que no sé si este asunto me va a restar puntos ante mis superiores de la base; ya sabéis —acabó la sémola del cuscús y fue incapaz de apurar la carne y la verdura—, una mala nota y no me dejan volar en los Heinkel.

—¿Los Heinkel no son bombarderos?

—El Heinkel 111 sí, pero el 112 es un caza.

—¿Y qué pasa con ellos? —bromeó Beltrán—, ¿tienen los asientos más blandos, o qué?

—No —Martínez se puso serio justo después de reírle la gracia al otro teniente—, pero son, hablando en vuestra jerga, unos auténticos pura sangre que todos queremos pilotar, antes de que los manden a la chatarra; ¿quién sabe lo que tardaremos en poder volar un auténtico avión de combate?

—Hasta que la cosa cambie —susurró Beltrán.

—Dentro de diez o quince años, salimos de esta mala racha —anunció Peñafiel, optimista.

—Para cuando las ranas críen pelos; está la cosa como para andar comprando cazas nuevos —se lamentó Martínez de las desastrosas condiciones económicas por la que atravesaba aquella España de posguerra—. Eso lo tenemos bien claro: o probamos, aunque sólo sea por encima, esos Heinkel 112, o llegamos todos nosotros al retiro sin haber visto nada más moderno que esos biplanos de tela y tubos —se quejó, rumiando sus propias penas—. Creedme si os digo que, ahora mismo, una de las cosas más importantes para mí es volar en uno de esos auténticos aviones de caza.

—Y, la otra, beneficiarte a nuestra amiga Aísa, ¿no es verdad? —rió Peñafiel con aspavientos, coreado por Beltrán.

Rafael Martínez sonrió, bajando los ojos vergonzosamente, y, para disimular, se limpió con un paño un resto de aceite que le caía por la barbilla.

AERÓDROMO DE *PALMS FIELD*, COLOMB-BÉCHAR OESTE DE ARGELIA FRANCESA

Howard se asomó al exterior de la oficina y contempló el cambio gradual en la tonalidad del paisaje que podía abarcar con la mirada. Conforme el sol se había ido alzando en el horizonte, los tonos gris-rojizos fueron dando paso al amarillento propio de las arenas del desierto, mientras que el viento creciente había empezado a hacer vibrar los cristales sucios de polvo y tierra, cambiando la bonancible mañana en un medio día ácido y caluroso.

Lejos, a unos tres kilómetros hacia el Oeste, la pequeña ciudad de Colomb-Béchar parecía encogerse bajo el sol buscando la somera protección del oasis donde estaba enclavada; algo hacia el Norte, los humos de la siderurgia se unían a una gran polvareda que señalaba las obras que se estaban llevando a cabo en el aeropuerto estatal, que, de continuar aquellos trabajos al ritmo actual, quedaría convertido en un verdadero y moderno puerto del aire.

Palms Field, en cambio, era sólo una vasta extensión de terreno despejado, cubierto de polvo y arena y con una miserable franja de asfalto de seiscientos por treinta metros, apenas suficiente para que pudieran operar los aviones más pequeños; unos

cuantos barracones, las oficinas y la torre completaban el cuadro, todo ello coronado por el depósito de agua y las tres palmeras que daban nombre al aeródromo.

Argelia se estaba empezando a convertir en un paraíso para los campos de aviación. Las deficiencias de las comunicaciones por carretera y ferrocarril y la urgencia creada por las continuas aperturas de nuevos yacimientos minerales, hacían obligatorio el crear pistas que permitieran la arribada de cargueros aéreos con todo lo necesario para la vida en aquellas latitudes. El negocio se perfilaba prometedor. Al margen de las líneas estatales, *Air France* y *Air Algerie*, casi todas las compañías mineras adquirían aparatos usados para abastecer sus yacimientos; e, igualmente, cualquier asociación de capital de una ligera entidad podía adquirir excedentes de guerra con los que formar una compañía aérea de poca monta. Así, los cielos de Argelia se estaban llenando con el rugir de mil motores.

Y eso, para Howard, era bueno.

Howard C. Lawson era piloto; uno de tantos que, después de pasar años de guerra volando, acababa de encontrar un hueco en la plantilla de *Air Touareg*; hueco que, en Norteamérica, su país, jamás hubiera podido hallar a causa de la tremenda demanda de empleo por parte de aviadores licenciados.

Desde la ventana del despacho vio acercarse, envuelto en polvo, un camión que, por las trazas, procedía de la cercana estación de ferrocarril de Colomb-Béchar, término de la línea que, desde Orán, enlazaba la costa de Argelia con el umbral del desierto del Sáhara.

Howard esperó, paciente, la llegada de Harry Dover, el jefe de operaciones de *Air Touareg*, al que debía responder definitivamente si aceptaba o no el empleo que le habían ofrecido.

No estaba seguro aún.

Air Touareg había empezado a funcionar dos años antes, cuando tres colonos franceses reunieron el dinero necesario y adquirieron un *Goéland*, un *Oxford*, un *Dakota* y un monomotor *Lysander*, los tres últimos excedentes de la RAF, y habían inaugurado una línea de servicios postales. La recreada *Air France* de posguerra enlazaba la Metrópoli con Argel, pero el servicio de correos fallaba o era lento entre los diversos y alejados puntos de la colonia. *Air Touareg* consiguió que le fueran adjudicadas las rutas que enlazaban Argel con Dákar, en Cabo Verde, y Argel con Tánger, en el Norte de Marruecos.

Poco a poco, la compañía se había ido afianzando y ampliado sus líneas de enlace con Orán y Casablanca; pero las rutas eran tan dilatadas que el consejo de accionistas, cuyo número se había elevado ya a cinco, decidió instalar la base principal de *Air Touareg* en el centro del despliegue de sus líneas. Y así fue como todo aquel tinglado había ido a parar hasta Colomb-Béchar, un pueblo perdido a caballo entre el Oeste de Argelia y el Sur del Marruecos francés.

Lo cierto era que se podía haber utilizado el aeropuerto de la localidad, pero *Air Touareg* creyó más conveniente aprovechar el vetusto y abandonado aeródromo anterior a la guerra para dar así a sus movimientos un carácter más privado e independiente; sobre todo teniendo en cuenta que, desde mediados de 1947, se había comenzado a realizar vuelos para introducir contrabando en la Libia italiana y el Marruecos español.

Por supuesto que todo ello era un secreto, y Howard se había presentado en Béchar con sus casi mil quinientas horas de vuelo acumuladas sobre *A-20* y *Thunderbolt* de la

15ª Fuerza Aérea, para comprobar que todos los demás empleados le superaban con creces, aunque la mayoría de ellos fueran ex-pilotos de bombardeo con incontables misiones sobre la Europa ocupada por los nazis. En cambio, él era piloto de caza, y se había pasado los dos últimos años de la guerra haciendo ese trabajo; aunque en su palmarés sólo figuraban el *derribo* de tres locomotoras, incontables bombardeos sobre puentes y nudos ferroviarios y el ametrallamiento de varias lanchas rápidas y dragaminas alemanes en aguas del Canal.

El único aparato que había echado al suelo de veras fue un solitario e inermes hidroavión Arado que patrullaba la costa belga dos semanas después del día *D*. Pero no era suya la culpa de que, casi exterminada la *Luftwaffe*, su escuadrón sólo realizara misiones de ataque al suelo para hostigar a los efectivos alemanes en retirada.

Empezó a sospechar algo sobre su futuro en *Air Touareg* cuando, a pesar de su corta edad y experiencia, le prefirieron a otro piloto que había enviado la solicitud y que era avalado por más de tres mil horas volando en hidrocanoas del *Coastal Command* británico.

En su primera entrevista con el jefe de operaciones, supo que su trabajo no tendría nada que ver con los servicios postales, sino con las misiones ilegales tras las fronteras española o italiana. Por eso no estaba seguro del todo.

Había riesgo; aquel trabajo era ciertamente peligroso, pero Howard pasó revista a su fortuna personal y se dio cuenta de que, aparte su licencia de piloto y el último certificado médico de aptitud, sólo era dueño de una pelliza de cuero forrada de lana, dos pantalones caqui y dos pares de camisas del mismo color, todo ello recuerdo de los tres años pasados en las Fuerzas Aéreas.

No era mucho, no era nada; pero tenía la joya de sus veintiséis años y unas ganas tremendas de vivir. Renunciar a aquel empleo significaba volver a las minas de Constantina para seguir conduciendo camiones pesados, y aquello era verdaderamente deprimente, sucio, cansado y poco acorde con sus expectativas...

Los cristales vibraron, y el sonido de motores hizo que desviara su atención hacia el Nordeste para ver a un *Oxford* en plena aproximación. Era el correo de Argel y Orán que traía la saca y, quizá, algo de carga, para que Dick Parker, un canadiense veterano de *Air Touareg*, los trasladara hasta Dákar en el viejo C-47 *Dakota*.

Suspiró, pensando que, por otro lado, él era piloto de caza; había pasado la prueba, y se sentía seguro y capaz de hacer todo lo que fuera necesario.

Miró su reloj y supo que le quedaban unos minutos antes de que Harry Dover acudiera a la oficina reclamándole la respuesta. Fuera, el usado Airspeed AS-10 *Oxford* carreteaba ya por entre el polvo y se detenía frente a la rampa de carga. Un piloto grandullón descendió del modesto bimotor y Howard leyó su nombre en una pizarra situada al otro lado de la habitación: aquel gigante rubio era Robert Drake, un escocés del que ya había oído hablar.

Air Touareg era, también, un compendio de varias nacionalidades: capital francés, pilotos y mecánicos franceses, norteamericanos y, sobre todo, canadienses, neozelandeses y británicos; demasiados ex-pilotos de la RAF para un país al borde del colapso económico. La presencia anglosajona era evidente hasta en el nombre del aeródromo, lo que significaba un punto más a favor de la decisión de quedarse; y, por fin, Howard se dijo que *Palms Field* era, hasta en eso, mucho más agradable que el desierto de piedras de Constantina.

No bien se hubo afirmado en su decisión, el jefe de operaciones de la compañía entró, cerrando la puerta y caminando con dificultad hacia su escritorio, secuela probablemente de alguna herida de combate. No debía de ser hombre de muchas palabras, pues alzó los ojos hacia él sin mediar frase alguna, como si sólo hubiera transcurrido un par de segundos desde que le dejó a solas.

Howard, aclarándose la garganta, expuso con suma brevedad sus deseos de formar parte de la empresa, ateniéndose a todas las condiciones, si bien aclaró, con el mayor respeto, que deseaba ser informado de cuál iba a ser en realidad su trabajo.

Harry Dover escuchó en silencio las palabras de Howard y asintió, satisfecho, al tiempo que, sin decir palabra, abrió un cajón de su escritorio, cerrado con llave, y hurgaba en él.

El recién llegado se dio cuenta de que permanecía envarado frente al director de operaciones de *Air Touareg*, tal y como solía estarlo frente a su jefe de Ala, allá en Europa.

—Aquí tienes —dijo Dover, depositando sobre la mesa una pistolera con cinturón, ambos de cuero—. Esto es tuyo mientras estés en nómina —le miró unos instantes a los ojos—. Descansa, hijo.

Howard tragó saliva y rectificó su postura, a punto de contestar con el *sí, señor* de las Fuerzas Aéreas. De la funda de cuero sobresalía la culata de un revólver, y el piloto recién contratado alargó la mano para cogerlo.

Recordó que, durante la década de los veinte y principios de los treinta, todos los pilotos de aviones correo iban armados, y el hecho tenía su explicación: la saca que llevaban a bordo era propiedad del gobierno, y había que protegerla. La costumbre había desaparecido; todavía más, estaba rigurosamente prohibido llevar armas, sobre todo cargadas, en vuelo; aunque pocos seguían las normas, y menos allí, donde se violaban tantas.

Desenfundó la pistola y la sopesó en su mano. Era una clásica *Smith & Wesson* calibre 357 *Magnum* con cañón de 8 pulgadas, el arma corta más potente de la historia.*¹

—¿La conoces? —preguntó Dover, poniéndose en pie con demasiado trabajo para tratarse de un hombre que rebasaba en muy poco los cuarenta.

—Sí —respondió Howard—, en las Fuerzas Aéreas usábamos la automática del *Cuarenta y cinco*, pero también he disparado alguna vez con revólver.

—Pues apriétate los machos si accionas el gatillo de ése: es capaz de descuadrarte las muñecas al primer disparo.

El jefe de operaciones se detuvo frente a un mural que permanecía oculto por una sábana y, con un gesto que Howard no supo si era teatral o producto de aquel extraño anquilosamiento del que Dover hacía gala, alzó la tela blanca y mostró un mapa del Noroeste africano.

El nuevo piloto de *Air Touareg* perdió todo su interés por la pistola y se fijó en el gráfico. Vio *Palms Field* y una línea de color rojo que partía hacia el Norte, cruzaba sobre el extremo oriental del Alto Atlas y se introducía en el Marruecos español casi justo en su centro. Harry Dover, poniendo el dedo índice sobre el extremo de la línea, se volvió hacia él.

1.- El 357 *Magnum* fue el más potente cartucho de arma corta hasta que, en 1947, el .44 *Magnum* lo superó en todos los sentidos.

—Esto es *Phantom Field* —dijo.

—¿*Phantom Field*?

—Ajá —asintió—. Aquí introducimos el contrabando dentro de la frontera española, cada dos o tres noches, por medio del *Lysander* de Ibarra.

—¿Ibarra? —le costó trabajo pronunciar el extraño apellido.

—Ernesto Ibarra, Ernie *el Torero*. Es un exiliado español que está a punto de perder los nervios de un momento a otro —dejó caer la mano y se acercó a la mesa, buscando sus cigarrillos—. Cuanto menos tiempo tardes en hacerte con el avión, más posibilidades tenemos de que no se vuelva loco del todo ese español del demonio.

Howard miró al mapa y calculó la distancia en unos trescientos cincuenta kilómetros; luego, recordó las palabras de su nuevo jefe.

—Ha dicho que vuelan hasta allí de noche —logró balbucear— ¿Cómo se hace?

—Muy sencillo —Dover retrocedió de nuevo hasta el mural—. Tenemos una baliza aquí, cerca de Sidi Sebbar, un *morabo* perdido muy cerca de los límites entre el Marruecos francés y el español —señaló el punto—. El avión despegar de *Palms* y mete una frecuencia que le lleva hasta el radiofaro, cuidando sólo de no volar por debajo de los mil ochocientos metros —señaló algunos montes y siguió la línea con el dedo—. Luego, una vez hecha la recalada sobre Sidi Sebbar, hay que meter un rumbo distinto y mantenerlo durante setenta kilómetros más... Y aquí, créeme, empieza lo realmente difícil del asunto.

—No me diga que tienen un campo iluminado en medio de la zona española.

—Sí y no —respondió, sonriendo con más amplitud que en las anteriores ocasiones—. *Phantom Field* está justo aquí, al Oeste de un arroyo llamado Amkrán y al Este del valle del río Nékor, sobre una sierra montañosa que recibe el nombre de Tensaman. Es un campo de tierra, apenas nivelado y jalonado por estacas reflectantes.

—¿Reflectantes? —empezaba a comprender.

Harry Dover asintió, como si le costara trabajo seguir hablando, y Howard intuyó que, de ordinario, aquel hombre no solía comportarse de aquella forma tan paciente con el resto de sus empleados. Aquel esfuerzo, sin duda, perseguía el objetivo de no espantarlo y dejar sin relevo a aquel tipo de apellido tan raro. Y, por supuesto, Howard, lo mismo que el propio Dover, sabía que, una vez revelados todos aquellos detalles, no podría echarse atrás en su decisión.

—Catadióptricos sujetos a estacas, de manera que sólo son visibles si se los ilumina desde el Sur y a una altitud determinada.

—Ingenioso —atinó a decir Howard.

—Gracias, hijo —Dover hablaba con condescendencia, demostrando que podía ser paciente con uno de aquellos *yankees* torpes y charlatanes que no sabían estarse callados un minuto seguido—. El *Lysander*, aparte sus luces de aterrizaje, está provisto de un potente foco sujeto a la pata del tren izquierdo y, una vez situado frente al campo, se conecta la luz, volviéndose de este modo claramente visibles para el piloto las estacas que jalonan el campo —se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió—, siempre y cuando se mantenga en la senda de descenso correcta, claro.

—Ya entiendo.

La mirada dura de Harry Dover pareció gritar su alivio.

—Y eso es todo. Allí te esperan un par de tipos que conocen el oficio, un tal Remigio y un marroquí llamado Bachir, aunque éste sólo aparece en contadas ocasiones: es el

jefe de todo el cotarro. Sus hombres te descargan el avión y tú sales zumbando hacia aquí. Sencillo, ¿no?

—Comprendo —Howard seguía sin captar el rechazo del otro a sus interrupciones.

—Sólo —siguió el británico, sin escucharle— tienes que tener presente, y bien presente, una cosa: si alguna vez distingues una sola hilera de luces en lugar de las dos normales, metes gases y das la vuelta; es la señal de que hay problemas..., viento racheado o demasiado transversal, policía o algo así, ¿entendido?

Howard rumió la información, grabándola en su cerebro y, para demostrar su interés, preguntó:

—¿Y si no veo ninguna hilera de luces?

Dover le miró, inexpresivo; soltó el humo de su cigarrillo y se movió, arrastrando ligeramente la pierna para acercarse a la ventana que daba sobre la rampa de carga.

—¿Has aterrizado alguna vez a ciegas, hijo?

Howard comprendió la estupidez de su pregunta, y no necesitó más. Se daba cuenta de que tenía mucho que aprender, y que el más indicado para contarle los detalles era el propio piloto que estaba haciendo los viajes. Harry Dover tenía otras obligaciones que atender y, por otro lado, Howard no quería ponerse demasiado en evidencia delante de un veterano experto que, seguramente, le consideraba poco más que un niño recién llegado de la escuela donde él había sido un maestro.

Sin decir nada más, cogió la pistola y se dirigió a la puerta.

—Encontrarás a Ernie en el hangar número uno; vive allí.

—Gracias, buenos días —dijo, y salió.

CAPÍTULO DOS

CASA DE BACHIR, MÍDAR MARRUECOS ESPAÑOL

Martínez abrió los ojos y tardó en comprender, pero le resultaba difícil olvidar los jadeos que la excitación provocó en Aísa. Solo en la habitación, recorrió con la mirada el techo y las paredes, dándose cuenta de detalles que, antes, habían permanecido invisibles ante la voracidad de sus sensaciones frente al cuerpo desnudo de la mujer. Quiso resguardarse un poco más entre los cojines y la alfombra que sustituían a una cama y, de pronto, recordó.

¡El avión!

Dio un brinco y buscó desmañadamente sus botas, los pantalones, la camisa..., y el reloj, ¿dónde estaba su reloj? ¿Habría sido capaz aquella...?

El reloj estaba dentro del bolsillo superior de su camisa, de un azul pálido a fuerza de lavadas; las saetas marcaban algunos minutos después de las cuatro, ¡las cuatro de la tarde!

Se puso los pantalones, el calzado y dejó que los ardores escaparan dejando la camisa sin abotonar. Abrió la puerta, y las voces de sus dos anfitriones le tranquilizaron; por un momento, había temido que le hubieran dejado solo en aquella casa extraña, pero no era así.

Unos pasos más allá, de la alcoba que habían utilizado Aísa y él, se hallaba la entrada de la otra estancia donde habían estado comiendo dos horas antes. Entró en ella haciendo resonar sus botas de montar y contempló a Peñafiel y a Beltrán, echados en medio de una atmósfera sobrecargada por el humo; los dos daban chupadas a una *narguila*; Beltrán con la cabeza apoyada en el vientre de la muchacha de las trenzas, y el capitán acariciaba rítmicamente el cuerpo de Aísa sin ningún recato.

—¡Aleluya! —dijo Peñafiel al verle—, por fin.

—Hola —musitó él.

Aísa le miró, con su eterna sonrisa en los labios, y pareció querer demostrarle algo al yacer sobre el cuerpo del capitán, lasciva y ofreciendo el suyo a las caricias que éste le prodigaba.

—Han venido de *Tauima* —anunció Beltrán, que parecía el más lúcido de los dos—. Un chaval de los nuestros ha subido para decirnos que los mecánicos llegaron hace bastante rato y se pusieron a trabajar en tu avión.

—¿Mucho rato?

—Sí, una hora, o cosa así, pero no era plan de interrumpirte.

—Tengo que irme entonces —se sintió aliviado de tener un motivo para marcharse; aunque pareció dudar— ¿Dónde puedo...?

—¿Qué quieres, mear? —el teniente de Caballería le hizo un gesto con los ojos—. Sigue el pasillo y baja las escaleras; hay un cuarto de baño bastante respetable para tratarse de...

Rafael salió, sin saber qué palabras hubieran conformado el resto de la frase de no haber sido en un mascullar extraño en la boca del teniente.

—Pero ten cuidado —añadió Peñafiel, exhalando un chorro de humo de hachís—, no te metas en los dominios de Bachir o te mandará cortar lo que te cuelga.

Rieron los otros dos, sin ganas, y el piloto se alejó por el pasillo, intrigado un tanto y bastante harto del comportamiento de los otros dos, a pesar de que tenía que mostrarse agradecido. Dio con las escaleras, echó un vistazo hacia abajo y vio a al soldado que le había acompañado, sentado cerca de los caballos que habían sido despojados de las sillas y las mantas.

Le habían dicho al final de la escalera... Había varias puertas y un entrante que parecía un pasillo sin final... No, no era por allí. Descubrió el alicatado blanco después de probar en tres puertas; cerró por dentro y orinó sobre un retrete turco con gran alivio.

Debía volver antes de que se fueran los mecánicos...

Encontrar el camino de vuelta era ya más fácil y, aprovechando que estaba en el piso de abajo, se dirigió hacia donde esperaba el soldado, para ordenarle que preparara los dos caballos. Subió luego por la escalera, tanteando el camino con la vista y, al volver un recodo de la galería, la vio.

Era tan guapa como Aísa, pero sus rasgos tenían una armonía tan sublime que, en un principio, Rafael pensó que aquella joven era una aparición. Llevaba el cabello negro recogido en una gruesa cola que alcanzaba el extremo inferior del nacimiento de los muslos; no debía de tener más de dieciocho años, podía ser que menos, y la túnica blanca de bordes y adornos dorados no hacía más que ensalzar, al ocultarla, la figura equilibrada y, a todas luces, perfecta de su cuerpo.

Rafael Martínez se detuvo, y ella, sorprendida por la aparición del español vestido con aquel raro uniforme, permaneció estática, a medio volverse con la intención de alejarse, pero sin poder vencer la curiosidad de devolver la mirada a aquel apuesto *aromi* que disfrutaba de la hospitalidad de su padre.

Cuando Rafael vio aquellos ojos, creyó que se le detenía el corazón ante la profundidad del negro de sus pupilas, y que, junto con la penetrante oscuridad de su cabello, hacían resaltar la blancura inmaculada de la piel que la chica mostraba al descubierto, apenas distinguible de la suave y alba tela del vestido.

Ella se repuso primero y, bajando los ojos, le dio la espalda para alejarse hacia el extremo de la galería con un leve repiqueteo de sus chanclas, ocultas por el borde inferior de la túnica. Por coquetería o por costumbre, sujetó la tela del vestido con una mano, haciendo resaltar la curva de sus caderas; y aquella imagen celestial tuvo la virtud de encandilar por completo a Martínez, que permaneció un buen rato boquiabierto, viendo cómo desaparecía la representación física de la belleza.

Se olvidó del avión, de Peñafiel, de Beltrán y de los caballos; ni siquiera reparaba en que llevaba los faldones de la camisa por fuera de la cintura del pantalón; que iba sudado, despeinado por los dedos ansiosos de Aísa y apestando a sexo apresurado y violento. Dio unos pasos temerosos hacia adelante y, luego, más decidido, echó a andar hacia el recodo por donde la joven había desaparecido.

Se dio de manos a boca con el marroquí que le abriera la puerta.

—No, *sidi* —le dijo—, no puedes entrar en esta parte de la casa.

—Yo sólo quería...

—Tienes que volver atrás, hacia allí, donde están tus compañeros.

Un dedo imperioso señalaba el comedor donde Beltrán y Peñafiel agotaban el oxígeno de sus pulmones, mientras daban fin a una pesada digestión.

—Está bien.

Ni siquiera le apeteció despedirse de los otros dos. Bajó los escalones, se adecentó las ropas y montó en el caballo cuyas riendas le tendía el soldado. El indígena, con pasos rápidos, se adelantó para abrir el portón y les despidió con una ligera inclinación de cabeza.

Martínez se volvió sobre su silla mientras el caballo, al paso, tomaba el camino de vuelta al destacamento. No supo si era su imaginación, pero le pareció ver un movimiento blanco tras las plantas que ocultaban una de las ventanas de la fachada. Luego, preocupado por su futuro inmediato, oteó a lo lejos y pudo ver el destacamento de Caballería, sobre la pequeña colina que dominaba el llano que le había servido de pista de aterrizaje, y, junto al *Chirri*, una camioneta de color gris.

Se quedó más tranquilo; llegaría a la base mucho antes de que el sol se ocultara; aunque, y de eso estaba seguro, volvería a Mídar cuanto antes.

AERÓDROMO DE *PALMS FIELD* COLOMB-BÉCHAR, ARGELIA FRANCESA

Estuvo haciendo el tonto durante un buen tiempo; fue a comer un bocado, cargando con el desmesurado revólver, y llegó a un comedor vacío donde un empleado argelino le sirvió algo que comió sin identificar siquiera; se acercó al hangar número uno, y un operario le previno sobre lo desaconsejable que era molestar a Ibarra cuando descansaba de un vuelo nocturno, por lo que, en vista de su éxito, estuvo fumando un par de cigarrillos en las cocheras, donde pudo entablar conversación con algunos de los mecánicos y conductores del aeródromo.

A primera hora de la tarde, Howard decidió dirigirse hacia el barracón de dos pisos donde estaban ubicadas las habitaciones del personal soltero, pensando en guardar de una vez el arma que le había entregado Dover; pero la animación que se observaba en la rampa de carga le atrajo hacia ella.

Dick Parker, junto a la nariz de su C-47, charlaba con el gigantón del *Oxford* y otro más al que no conocía, y los tres se quedaron mirándole mientras se acercaba.

Unos operarios entraban y salían por la puerta de carga del Douglas, huroneando a su alrededor y ultimando los preparativos antes de su despegue hacia Dákar.

Howard llegó hasta el grupo, situado a la sombra del ala de babor, y Parker, fijándose en el revólver que llevaba en la mano, le tendió la suya con una sonrisa.

—Bienvenido al club —le dijo el canadiense flaco y pecoso.

—Gracias.

—Estos son Bob Drake —señaló al hombrón que había traído el correo de Argel y Orán—, y Albert Darlan.

—Encantado —dijo el último en un inglés demasiado afrancesado para no acertar con su nacionalidad—, ¿ya eres de los nuestros?

—Así es —Howard se sintió orgulloso.

—¿Octava o decimoquinta? —preguntó el escocés.

—¿Qué? —dudó, comprendiendo demasiado tarde la pregunta que le hacían.

—¿En qué Fuerza Aérea estuviste?

—Decimoquinta.

—¿Aparato?

—Al principio, los *Havoc*, y luego nos dieron los *P-47*.

—¿Horas? —el rubio escocés, cuya piel atezada contrastaba con el color de sus cabellos, disparaba sus preguntas.

—Mil quinientas, seiscientas en tipo —respondió, ya más seguro de sí, Howard.

—¿Sólo?!

—Pero, ¿qué es esto, un interrogatorio? —tuvo que salir Dick Parker en su defensa—, dejarlo ya.

Albert, el francés, ya hacía rato que había captado la broma del grandullón, y fue éste mismo el que inició la primera carcajada.

—Sólo pretendía ponerte en guardia —explicó—; de ahora en adelante, como habrás podido comprobar, todas sus charlas con Harry serán así.

—Exagera, no le hagas caso —Dick echó un vistazo a las ropas de Howard e hizo un gesto—. Deberías pasar por el almacén y pedir algunos pantalones y calzado —se señaló los calzones cortos del ejército británico y unas botas ligeras de lona—, si no quieres pasar calor.

De los tres, sólo el canadiense llevaba puesta una camisa decente, y Howard supuso que era porque estaba a punto de subir a su avión para iniciar el vuelo de la ruta del Suroeste; pero le iba a costar acostumbrarse a aquellos ridículos pantalones, a la camiseta sudada de Albert o a la sin mangas que llevaba Drake.

—No puedo, debo ir a ver a Ibarra.

—¿Eso es lo que Harry te ha ordenado? —preguntó, sin esperar respuesta, Drake.

—¿A Ernie? —Dick negó con la cabeza, mirando su reloj—. A ese no le sacas tú de la cama hasta media tarde; más vale que vengas a tomar el té con nosotros, y ya verás al *torero* después.

Howard recordó los vuelos nocturnos, y se dijo que debería volver a acostumbrarse a los horarios sin tino de las Fuerzas Aéreas, cuando había que ponerse de pie a las tres de la madrugada, desayunar media hora después y poner los motores en marcha antes de las cuatro, y todo para alzar el vuelo y sorprender la salida del sol pasado ya el canal.

—Bueno, ¿qué dices? —le preguntó Dick—, ¿te vienes o no? Este oso escocés no muerde, y menos cuando Martha está delante —reían los otros, echando ya a andar hacia el barracón ocupado por el comedor—. Luego puedes ir a ver a Ernie, que ya estará de mejor humor.

Howard asintió, recordando la visión fugaz de una mujer menuda, frente a una de las casas con aspecto de cabaña que eran las viviendas de los empleados casados.

—Está bien, voy con vosotros.

—Verás lo tradicional que se puede volver esta manada de lobos salvajes —comentó el francés—, cuando Harry preside el té de la tarde.

—Presidir... —masculló Drake, mientras se alejaban los cuatro del Douglas DC-3 en versión militar, ya cargado y a punto—. Harry lo que hace es oficiar, ¿sabes cómo le llamamos?

—No.

—*The Priest...*, por lo de los sermones; ya comprenderás por qué.

—Vamos, *Bear* —intervino el canadiense—, no atosigues a nuestro flamante piloto de caza —le guiñó un ojo a Howard—, que no es ningún novato; pilotar un *Jug* durante seiscientas horas no es un juego de niños.

—Estoy de acuerdo —afirmó el francés, y los tres recordaron el monstruoso caza norteamericano Republic P-47 *Thunderbolt*, conocido por todos como *Jug*, diminutivo alemán de *Juggernaut*, que significa exactamente eso: monstruo.

—Además, si Harry le ha admitido, es que es un buen chico.

Dick le pasó un brazo por encima de los hombros para indicarle que entrara primero, accediendo los cuatro a la sala ocupada por la gran mesa de aspecto cuartelero. Una mujer, seguramente Martha, se acercó a Drake y trató de escalar su humanidad para besarle en la mejilla.

—Hola —le devolvió el beso el marido, mirando a Dick Parker y comentando, esta vez sin atisbo alguno de humor—. No es ser un buen chico lo que le hará salir con vida de media docena de viajes a *Phantom*.

—No, es cierto —afirmó Dick, también serio pero traicionándole un tanto su hilaridad reprimida—. Pero, al menos, Harry hará que su alma se salve.

Hubo un coro de risas, mientras le presentaban a la esposa del escocés, y Howard grabó la frase en su mente, permaneciendo allí, indeleble, durante todo el tiempo que duró aquel té de las cinco que, a pesar de los comentarios anteriores, no consistió más que en media hora de charla informal, posturas relajadas y consumo de la infusión acompañada de unas pastas excelentes.

Al poco tiempo, Dick miró su reloj y se puso en pie, apoyando una mano en su hombro a guisa de despedida.

—Procura que el *torero* no te vuelva idiota con todas sus chaladuras sobre ese vuelo —alzó la vista hacia los demás—. Hasta mañana —alzó la mano y salió para iniciar su largo viaje hasta Dákar.

El resto, después de responder a la despedida del canadiense, continuó con su parloteo sobre mil temas, aunque casi todos rondaban la guerra pasada y, ninguno, los vuelos de contrabando, que era lo que a él le interesaba. Howard, presintiendo que todo iba a ser peor de como lo había imaginado, sintió que comenzaba a temer su nuevo trabajo aún antes de haberlo empezado.

DESTACAMENTO DE CABALLERÍA, MÍDAR MARRUECOS ESPAÑOL

Cuando Rafael Martínez llegó junto al avión, los dos mecánicos y el conductor estaban sentados a la sombra de su vehículo, comiendo sus bocadillos y dando cuenta de una botella de vino.

La avería estaba reparada.

Martínez escuchó atentamente las explicaciones del mecánico de mayor graduación, un sargento, que le aclaró el motivo de que la temperatura del motor subiera tan bruscamente. El extremo del tubo que conectaba la bomba de lubricación estaba muy deteriorado, pero oculto por la propia abrazadera; el calor del aceite y las vibraciones habían hecho que se agrietara del todo durante el vuelo; perdió poco a poco el aceite y, el resultado: aterrizaje de emergencia a motor parado.

Antes de poner en marcha el motor, los mecánicos abandonaron sus bocadillos de tortilla y efectuaron una nueva revisión, aunque afirmaban que ya habían repasado todo el aparato; habían tenido tiempo de sobra; pero, *para dejar tranquilo al teniente...*

Con el motor en marcha y las agujas en verde, Rafael Martínez hizo la señal de *fuera calzos*, y los hombres de *Tauima* retiraron las piedras con las que habían inmovilizado las ruedas del CR-32. El piloto dio gas y el biplano comenzó a rodar hacia el Oeste, haciendo *eses* para poder ver hacia adelante a causa del prominente morro que albergaba el motor FIAT y que le ocultaba todo el frente de visión. Luego, calculando en más de kilómetro y medio la distancia que le separaba de cualquier obstáculo, Martínez orientó el morro al viento, se bajó las gafas y apretó el mando de gases casi hasta el tope.

El CR-32 *Chirri* despegó envuelto en una turbonada de polvo rojizo, pasó sobre el destacamento y el coche de los mecánicos, que saludaban, y tomó altura rápidamente.

Un vistazo a la izquierda le hizo ver Mídar y, encaramada sobre el monte, la casa de Bachir, apartada del resto de viviendas como para dar a entender una especie de naturaleza aristocrática. Martínez no se acordó de Peñafiel ni de Beltrán, que seguirían sumidos en el sopor de la indolente sobremesa; tampoco recordaba lo que había comido; ni para Aísa tuvo siquiera un pensamiento. Sólo ella, la chica de la túnica blanca, familia de Bachir seguramente, era la que le obligaba a pensar en el modo de volver cuanto antes.

Cuando alcanzó los quinientos metros de altitud, renunció a subir más, dada la proximidad del aeródromo; miró su reloj y comprobó que habían transcurrido cinco horas desde que tomara tierra en Mídar; cinco horas que parecían reducirse, ahora que se encontraba de nuevo volando su caza como si nada hubiera ocurrido, a los pocos segundos que había podido disfrutar de la mirada de aquella mujer.

En apenas un cuarto de hora, completó la distancia hasta la base; hizo bajar la nariz del biplano hacia Mar Chica, enfiló el rectángulo de hierba, pasó sobre la carretera a baja altura y posó las ruedas en el campo, dejando ir un suspiro.

Esperando el rapapolvo, giró y se dirigió a los hangares, donde le aguardaba la tripulación de tierra del avión.

PALMS FIELD, BÉCHAR **ARGELIA FRANCESA**

Había una pequeña oficina en el interior del hangar ocupado por el Westland *Lysander*. A diferencia de los otros aparatos de *Air Touareg*, cuya pintura plateada no había conseguido borrar del todo las marcas y escarapelas de la RAF o la *Armée de L'Air*, el avión contrabandista lucía la parte inferior del fuselaje en un rojo vivo, y la superior, así como las alas, en un blanco deslumbrante que lo hacían parecer más grande aún de lo que era. La bandera roja y amarilla y la matrícula española EC-ACS cantaban la nacionalidad, falsa a todas luces, del monoplano de largas alas. El cono de la hélice, pintado en amarillo, apuntaba hacia el compartimiento oscuro donde el piloto español preparaba sus vuelos y dormía durante las horas del día en las que el aeródromo bullía en una actividad ruidosa y molesta.

A Howard le gustaba aquel pequeño cubículo que era el nido particular de Ernesto Ibarra; cercano a su avión, le brindaba un refugio que le segregaba del resto del personal y le proporcionaba un retiro cuasi-religioso en el que hacer y deshacer los nudos inherentes a cualquier misión de contrabando. Y el norteamericano comprendió a su colega: llevar aquel aparato atestado de gasolina, amén de otros artículos, hasta

un oscuro campo en zona española, no debía de ser una experiencia demasiado agradable.

En el cuarto había dos mesas, un tablero de dibujo que nadie utilizaba; sillas, un sofá y, colocado contra la pared del fondo, un catre con señales de haber sido usado hacía poco. También había una bombilla con pantalla de hojalata, muy baja, que parecía ideada para partidas de póker. Bajo el cono de luz, Ibarra explicaba a Howard cómo el incremento en los servicios a cubrir habían hecho imprescindible el disponer de más pilotos, por lo que Dick Parker, el canadiense, que antes se alternaba con él en los vuelos a *Phantom Field*, había pasado a hacerse cargo de la línea de Dákar, lo que dejaba al español a solas para hacer volar al *Lysander*.

Ernesto Ibarra, un hombre recio aunque de corta estatura, nariz aguileña y fuerte habla nasal, había recogido a Howard en la entrada del comedor y casi le había arrastrado hacia allí para empezar a embutirle lo antes posible todas las peripecias del vuelo. No obstante, al tratarse de un piloto avezado, habría cosas a las que no necesitaría aludir, como la monotonía del vuelo en crucero, mezclada con el excitante riesgo de sortear montañas como el *yebel Masgut* o el *yebel Berkán*, mientras esperaba oír los débiles zumbidos en código Morse de la estación pirata instalada en un *morabo* perdido en las alturas del Rif.

—Una vez que sintonizas la señal —explicó Ibarra con un lápiz en la mano y en un inglés no menos aceptable que el de los franceses con los que había conversado—, empiezas a sentirte mejor y, si hay suerte y no hay tormentas cerca, podrás empezar a oír la señal a bastante distancia de la estación, aunque más vale no fiarse al principio.

Con el lápiz, le señaló el recuadro de tinta china junto al punto que indicaba sobre el mapa la situación del radiofaro, en el interior del cual estaban escritas la frecuencia y la señal distintiva de la estación: *PHF*.

—¿Es bueno el aparato de a bordo? —preguntó Howard.

—Sí, de ese te puedes fiar; el que no es del todo seguro es el de tierra. La compañía se encarga de cambiar las baterías cada dos semanas, por lo que, los últimos días de cada ciclo, la potencia decae bastante.

El español se levantó, para apartar un cazo del infiernillo y servir café en sendas jarras de porcelana, mientras que Howard pasaba los ojos sobre el mapa a gran escala que representaba la zona de aterrizaje, y que, por tener que volar sobre ella a poca altitud, le infundía más preocupación. Estaba todo lleno de crestas y barrancas, aunque la configuración del terreno ayudaba mucho a su identificación; un arroyo y una carretera, que convergían en un punto dado, pensó, serían su mejor referencia, hasta que cayó en la cuenta de que, de noche, de poco le iban a servir.

Parpadeó y esperó a que el otro le acercara el café que humeaba.

Se estaba bien allí; no hacía calor en aquella oficina, y el silencio era agradable, aunque la presencia del español, con su expresión más bien lóbrega, estropeaban el efecto.

Ibarra puso los jarrillos sobre la mesa y se sentó a su lado, tomando de nuevo el lápiz para hacerlo trabajar como puntero indicador.

—Pero —continuó—, si a partir de ahí te sientes seguro en lo que respecta a tu situación, la realidad es que, en ese instante, es cuando comienza la parte difícil del vuelo —golpeó el punto que simbolizaba la baliza.

—Me he dado cuenta.

—En cuanto atraviesas el cono de silencio, debes meter al Tres-Cinco-Cero y abrir bien los ojos, puesto que tienes que empezar a descender, y este picacho —lo señaló—, el Asrú Uchuán, te avisará si te sales del rumbo.

—¿Me avisará?

—¡Claro!, cuando te empotres contra él a más de trescientos kilómetros por hora —sonrió con gesto torcido, antes de beber un sorbo de café.

—Vaya...

Un tipo raro aquel Ibarra. Howard nunca hubiera imaginado que tuviera ganas de bromear, teniendo en cuenta la tensión nerviosa a que le sometía su trabajo; pero había conocido gente así en las Fuerzas Aéreas, sobre todo entre los pilotos de los enormes bombarderos *B-17* y *B-24*, casi todos con los nervios desquiciados a costa de hacer malabarismos para mantenerse dentro de una formación acosada, desde abajo, por los antiaéreos y, desde arriba, por los cazas de la defensa del *Reich*. Había conocido a muchos que habían regresado con el avión hecho un colador o con daños gravísimos a consecuencia de una colisión en el aire con otro *Fortress* o *Liberator*, a causa de la niebla o de un despiste del navegante; eso por no hablar de los pilotos de bombardeo británicos que, a cargo de los raids nocturnos, veían sus filas mucho más mermadas a consecuencia de estos errores a los que no sobrevivían. Todas las veces, los afectados relataban sus hazañas con una ironía que rayaba en la enfermedad mental, haciendo bromas de sus accidentes y echándole la culpa de todo a los *hunos* empeñados en derribarles, o a los *gremlims* que, según la tradición de la US Army Air Force, pululaban por docenas dentro de cada bombardero y hacían la vida imposible a sus tripulaciones a costa de crear ínfimas y molestas averías sin fin.

—Una vez has rebasado el Uchuán —decía Ibarra, y Howard prestó atención—, comienzas a descender hasta dar con el río —le señaló uno más apartado del que él había estado estudiando—. Lleva poca agua pero, si hay luna, lo verás sin dificultad por sus márgenes más claras que el resto del terreno.

—Parece grande —comentó, a la vista del mapa.

—Sí, pero no te fíes; el *uad* Nékor, después del deshielo, no es más que arena empapada en agua.

—Ya.

Ibarra parecía estar hablando consigo mismo, esforzándose en no olvidar ningún detalle de importancia; y el norteamericano sabía que, en un trabajo como aquél, no había detalle que careciera de ella. Sobre un cuaderno que el otro le había proporcionado, anotaba todo lo que iba escuchando.

—Si dejas el río un poco por tu izquierda, estás sobrevolando la carretera, que no es demasiado difícil de ver.

—¿Es de asfalto?

—No, hombre, de tierra, por eso la verás como una cinta clara que se retuerce mientras baja por la falda de esos montes.

—Sí, debe de ser muy visible.

—Bastante, aunque, al principio, te dejarás los ojos pegados en el parabrisas para poderla distinguir. Bien —señaló otro punto rodeado por un círculo a lápiz—, ¿ves este puente de aquí? Pues es el primer punto donde comienza la aproximación. No tiene pérdida, la carretera y el río se unen. Debes virar sobre él y poner proa al Cero-Siete-Ocho.

—Cero-Siete-Ocho —anotó Howard—, ¿a qué altitud?

—Siempre por encima de los mil quinientos metros —Howard resopló al comprobar que debía pasar a poco menos de quinientos metros de un pico de 1.301 llamado *yebel Tumet*—, durante nueve kilómetros..., unos dos minutos y medio, puesto que deberás volar alrededor de los doscientos por hora.

Howard se esforzaba en convertir las medidas del sistema métrico, que el otro empleaba, en sus conocidos nudos de velocidad y pies de altitud.

—Eso de ahí es una aldea, ¿no? —señaló el siguiente punto.

—Se llama Suf, y es un caserío sin importancia donde habrá encendidas dos fogatas. Suf está situado a poco más de mil metros, mil sesenta, por lo que pasarás a más de trescientos sobre él. Bien; a partir de ahí, el nuevo rumbo será de Cero-Cinco-Ocho, y, como te restan dos kilómetros para el campo, debes reducir a velocidad de aproximación, pero sin perder demasiada altura: *Phantom* tiene una cota de mil cuatrocientos, por lo que deberás mantener un descenso de unos noventa pies por segundo, pero eso ya no es importante, puesto que, conectando los reflectores en cuanto pases sobre Suf, empezarás a ver las luces del campo.

Se tomó un respiro, retrepándose en la silla y bebiéndose el resto del café. Howard, abrumado por aquella sucesión de datos en tropel, quiso desviar su atención hacia otra cosa distinta, pero Ibarra no le dio ocasión.

—¿Seguimos? —le señaló el mapa— A partir de ese momento —sonrió un poco, como si, a la par que aumentaran los momentos compartidos, Ibarra se fuera humanizando paso a paso—, si te has situado en la posición correcta y a la altitud que te he dicho, comenzarás a ver los pilotos reflectantes.

Howard estudió el mapa otra vez, leyendo las curvas de nivel y arrugando el entrecejo. La pista estaba situada en un intrincado paraje rodeado de barrancos, cerros y un arroyo.

—¿Cómo sé que cazo el umbral de pista y no la mitad?

—Fácil: hay una línea transversal, en la cabecera, de color verde, y las laterales son blancas en los treinta primeros metros; luego, pasan a ser amarillas durante cuatrocientos y, a partir de ahí, son de color rojo hasta el final.

—¿Qué distancia de rojo?

—Ochenta metros —Ibarra hizo una pausa para darle realce a sus palabras—. Anota esto bien: en el comienzo de las luces amarillas tienes el espacio justo para, volando a ciento treinta kilómetros por hora..., setenta nudos, para que me entiendas, tocar tierra y detener el avión con un ligero margen de seguridad.

—Seiscientos diez metros en total —pensó en voz alta Howard— ¿Cómo es el terreno?

—Regular; pero, antes de eso, sigue a rajatabla las normas de aterrizaje que te doy: si por cualquier motivo tienes las primeras luces amarillas bajo la panza y no has tocado el suelo, mete gases y elévate.

—Ahá —hizo un gesto de asentimiento el norteamericano.

—Y si, por el contrario, ruedas ya en el sector rojo, pon todo tu interés en detener a *Lizzie* en esos ochenta metros que te quedan. El campo está algo inclinado hacia arriba, lo que te ayudará a frenar; pero aquí —señaló el final de la pista sobre un croquis aparte— hay una caída casi en vertical de más de quince metros.

—¿Dónde debo girar para salir?

—En cualquier lugar de las rojas, y siempre por la izquierda; ojo con los frenos, son demasiado bruscos. Te harán señales con una lámpara azul para que te dirijas hacia ellos.

—¿Y el terreno?—Howard se daba cuenta, a medida que avanzaban en las explicaciones, de lo realmente dificultoso que era el aterrizaje.

—Regular, ya te lo he dicho —Ibarra sonrió ante la precipitación del otro—. Cuando llueve está encharcado, blando y muy deslizante; si está seco, el problema son las piedras y los matorrales; pero no te preocupes por eso, el avión está preparado para campos peores.

Howard había oído hablar del Westland *Lysander*, y sabía que era venerado por los pilotos caídos en la Europa ocupada que habían sido rescatados por aparatos de aquel tipo; aterrizando de noche, en campos reducidos y aprovechando para llevar, en el viaje de ida desde Inglaterra, equipos y municiones para la Resistencia francesa.

—Por lo que dicen de él —sonrió Howard—, podría creer que esta máquina es mágica.

—Si piensas eso y te confías, te matará.

Leyó un instante el rostro de Ibarra y pudo apreciar que no bromeaba, por lo que guardó silencio y se puso a trazar rayas sin sentido sobre un papel en blanco. Cuando volvió a mirar al español, le vio contemplar su avión, y la expresión que captó en él le gustó. Aquel piloto, como la mayoría de los tripulantes de los monoplazas, estaba enamorado del artefacto pintado de blanco y rojo.

—Afortunadamente —dijo, al cabo de un rato—, no tengo que volar hasta pasado mañana por la noche.

Howard sentía que se había roto el encanto, pero le echó la culpa a las características de aquellos vuelos más que a la falta de nobleza del avión.

—Si estás cansado, lo dejamos por hoy y...

El otro recogió las tazas vacías y asintió levemente.

—Dover está deseando que empieces —se volvió para mirarle—, ¡y yo también, qué puñetas!, pero me doy cuenta de que es mucho para una sola noche —le ofreció un cigarrillo desde lejos, y Howard rehusó—. Mañana, a primera hora, seguimos donde lo hemos dejado.

Y Howard sintió, con alivio, que podía descansar.

BASE AÉREA DE *TAUIMA*, NADOR MARRUECOS ESPAÑOL

No quedaba ya casi nadie en la base, a excepción de los de servicio, y Rafael Martínez, después de asearse, se acercó al bar de oficiales con idea de ver al de guardia, precisamente uno de los destinados en las oficinas administrativas de *Tauima* y, por ello, cercano a las esferas del coronel jefe.

No deseaba que se le notara la ansiedad que sentía, pero el otro, apenas verle, supo apreciar el temor en la expresión de su cara.

El oficial de guardia, un teniente a punto de ascender, apellidado Torres, estaba cenando a hora temprana, a la vez que ojeaba un periódico apoyado sobre la jarra de agua que ocupaba el centro de la mesa. Rafael pasó de largo en dirección al mostrador, vacío en aquellos momentos y atendido por un camarero rapado *al dos*.

—¿Qué va a tomar, mi teniente?—le preguntó.

—Un café —pidió él y, acto seguido, decidió ir al grano, acercándose a Torres y tomando asiento a su lado.

—Que aproveche, con permiso... —dijo al sentarse.

—Hola, *rompeaviones* —le respondió el otro, aumentando su pesar.

—¿Sabes algo?

—¿De qué?

—¿De qué va a ser, de lo mío?

El teniente Torres negó, y un destello de alivio brilló en los ojos de Rafael.

—Pero, dada la hora que es —siguió el otro—, lo mejor será esperar a mañana por si el coronel decide despellejarte.

Martínez pareció hundirse de nuevo en un pozo invisible que le succionaba desde los pies.

Si la avería, unida al retraso apenas explicable que había hecho permanecer el avión en tierra durante tantas horas, era juzgada de forma negativa por el jefe de la base, se podía despedir de su lugar en la cola formada por los aspirantes que querían probar una de aquellas cabinas modernas y, a la vez, tan próximas al desguace. Y, desde que había llegado a África, aquélla era su única ilusión.

Impedirle llevar a cabo la experiencia de pilotar uno de aquellos 112 o los G-50 suponía, para Martínez, casi tanto como arrestarlo por incompetencia.

—Te falló el aceite, ¿no? —preguntó Torres.

—Sí—dijo, con timidez aunque, al pensar que quizá aquel teniente veterano y conocido en la base podría servirle de abogado defensor, se animó a contarle algo más—. Volaba sobre Mídar cuando la temperatura comenzó a subir y, pensando en la escasez de repuestos, decidí parar el motor —se encogió de hombros—. A lo mejor podría haber llegado hasta aquí, pero preferí tomar tierra antes que llegar con el motor a punto de gripar.

—¿Cuál fue la avería?

—El tubo de alimentación, junto a la bomba —Torres ni siquiera había leído el informe que Martínez había redactado apenas después de aterrizar.

—¿Y no lo advertiste al despegar? —el oficial de guardia daba cuenta de un par de huevos fritos junto con una montaña de patatas, también fritas y brillantes por el aceite dorado.

—Gómez dijo que todo estaba correcto —se excusó, a sabiendas de que, en último término, era siempre el piloto el responsable del trabajo del equipo de tierra—. Además, es una avería difícil de ver, la abrazadera tapaba la parte dañada y...

—Cosas que pasan —dijo el otro, sin dejar de masticar trozos de pan empapados en la yema amarilla de los huevos.

—Claro.

—Si en vez de esos *Chirri*, tuviéramos todavía los Romeo 41... Esos FIAT son mucho avión para vosotros.

Martínez estuvo a punto de asentir, dándole la razón, lo que hubiera sido igual que admitir que estaba aún muy verde en lo tocante a técnica de vuelo.

—Lo que ocurre es que los aparatos están viejos y gastados. El número Siete, el que yo llevaba hoy, está volando desde que llegaron los primeros italianos, durante la guerra. Son muchos años.

—Tal vez —Torres devoró un montón de patatas y se limpió los labios con la servilleta a cuadros—. De todas maneras, no te preocupes, el capitán Álvarez me ha

comentado que el coronel no pareció afectarse mucho por la noticia de que te habías quedado en Mídar.

Álvarez era el capitán secretario, y Martínez se enervó.

—¿Lo sabe pues el coronel?

—Pues claro, el mensaje por heliógrafo llegó antes de que se marchara.

—¿Y...?

—Ya te he dicho que no tienes que preocuparte; yo le despedí cuando salió y, si hubiera decidido meterte un paquete, me lo habría dicho.

Martínez simuló tranquilidad, pero estaba muy lejos de sentirse despreocupado del todo. Le quedaba poco más de una semana para empezar el turno de instrucción en los Heinkel, y repetirlo significaría un retraso de más de dos meses, lo que no estaba seguro duraran los castigados aparatos de la contienda civil.

—Bueno —dijo el otro, poniéndose en pie—, voy a dar una vuelta por la base, ¿no cenas?

—No tengo hambre —miró hacia la barra, donde se enfriaba el café que había pedido hacía un rato—; tal vez un vaso de leche más tarde.

—Pues hasta luego.

El otro se marchó, haciendo crujir el cuero de sus botas de montar, y Martínez se quedó solo en el comedor, apesadumbrado, triste e incapaz de hacer siquiera el esfuerzo de alzarse para llegar al mostrador y beberse el café.

Hasta que recordó a la chica.

Fue algo magnífico; la preocupación se esfumó, su rostro cobró color, y la vitalidad de sus veintitrés años le hizo sobreponerse a cualquier obstáculo que le impidiera ser feliz, y mucho más a un ligero tropezón como aquél.

Animado, se volvió hacia el camarero, que secaba vasos tras la barra y, olvidándose del café, preguntó:

—Oye, chaval, ¿qué hay para cenar?

En 1947, en el aeródromo de Tauima, cerca de Melilla, el material de vuelo se va volviendo obsoleto, agotado el remanente de la guerra civil. En la Argelia francesa, las empresas postales recurren a la aviación para enlazar la costa norte con las remotas soledades del interior sahariano, usando excedentes bélicos y pilotos veteranos en paro.

Cita en el aire, cuenta la historia del encuentro repetido de un piloto español y uno norteamericano que vuela para *Air Touareg*, nombre bajo el que se oculta una perfecta red de contrabando



Westland Lysander



FIAT CR-32

SNCA Mehari



Heinkel HE-112 B